

GOTAS DE LLUVIA

LUISA FERNÁNDEZ MIRANDA





Mi padre y yo solíamos ir a pescar en los amaneceres de primavera, cuando el sol tarda en despertar, mostrándose, de pronto, a un lado de la carretera.

Pero aquel día no era primavera. Me desperté envuelta en sudor en medio de la noche y oí a un pájaro golpearse contra la ventana. No llegué a verlo, me lo imaginé negro en medio de la noche. Fue más tarde, mucho más tarde cuando encontré su cuerpo ya sin color. El aire era caliente, las sábanas estaban húmedas y yo estaba esperando.

Esperando sus pasos silenciosos, cada ruido, cada movimiento de la casa me despertaba. Pero siempre era ella, mi madre, la que se movía antes del amanecer. Sabía que recorría la casa, sintiéndose dueña absoluta, cuando él dormía, al otro lado de su cama. Caminaba descalza. Yo contenía la respiración, mientras me llegaban los sonidos de la puerta del cuarto de baño, al abrirse y cerrarse, de la cocina; los grifos, el del vaso posándose en el fregadero. Debí de quedarme dormida,

sin dejar de oír sus pasos adentrándose en mis sueños.

Él nunca entraba a verme. Pero aquella noche entró.

Por la mañana me desperté al oírle andar con paso firme pero ligero. Llamó con los nudillos en la puerta de mi dormitorio. Yo solía contestar con la voz aún de sueños y luego le oía alejarse hacia la cocina; pero esa noche, casi mañana, sin escuchar mi respuesta, entró. Me quedé quieta, con los ojos cerrados, esperando que me dijera algo. Debí de contemplarme en silencio durante unos instantes y sentí su mirada a través de mi cuerpo cubierto por la sábana. No me dijo nada, salió y nos encontramos en la cocina. Me vestí rápido. Me puse pantalones cortos. Tenía carne de gallina en las piernas, pero no me cambié. Deseaba salir en seguida.

Tal vez la blusa, la blusa es demasiado, demasiado... me dijo, pero se paró de pronto, nunca supe demasiado qué. Durante mucho tiempo pensé en lo que le hubiera gustado decirme y no me dijo. No volví a ponérmela después de ese día. Tenía un encaje en el cuello, quizá por eso le pareciera cursi, o solo inapropiada para ir a pescar. Pero yo me sentía favorecida llevándola, Me miró mucho o quizá me lo pareció. Desayunamos en silencio, con urgencia.

Miramos los dos al cielo. Sabíamos que el sol aparecería en el momento y donde tendría que aparecer. Salimos de la casa y puso la caña y todas las demás cosas de pesca en el maletero del coche. Justo cuando lo abría no me dejó ayudarlo, como en otras ocasiones. Me mandó sentar en el asiento delantero,



como siempre, a su lado. No me di cuenta hasta mucho después, -cuando tuve que reconstruir una y otra vez todo lo que sucedió aquel día, para conservarlo intacto-, que no me había dejado ver qué más había en el maletero.

Entra en el coche, me dijo, y yo me recosté, a gusto, entrando en calor.

Mientras conducía me gustaba mirarlo y sentir su olor. No olía a colonia, ojalá hubiera olido, la hubiera buscado por todas partes. Era un olor a piel morena, a piel al sol, a luz, a calor.

Me extrañó que condujera callado, cuando normalmente iba hablándome de cualquier cosa para que no me durmiera, para que aprendiera a ser una buena copiloto. Yo le miraba de reojo la arruga que acaba de descubrirle junto a los labios. Después, al recordarlo, me imaginé que allí, en aquel pliegue, había dejado prendidas todas las palabras que tenía que haberme dicho y no me dijo. No hubo canciones, ni confidencias, tampoco le conté nada, como en otros días de pesca, sólo canturreé alguna canción sin que él me acompañara.

Por fin, detrás de una curva vimos la explanada de siempre. Aún era de noche.

Al salir él no prendió el cigarrillo que llevaba en la mano. Lo retuvo durante un buen rato, dándole vueltas en la mano, mirando al horizonte, aún oscuro. Caminamos juntos, mirando hacia delante. Fue justamente cuando oí el clic del mechero cuando aparecieron los primeros destellos del sol. Vi

su cara, sin palabras, llena de pensamientos, cada vez crecían más sus gestos. donde depositaba el silencio. Ese silencio que se llevó lejos.

Aquel día no me aproximé a él. Tuve miedo de que le dijera algo que no le gustara, de que mirara el reloj y moviera el aire tibio, de que me dijera ya está, como otros días, vámonos, se nos hace tarde. Tal vez nos quedamos más rato del normal, allí sentados, hasta que el sol salió del todo y ya no había más secretos. O quizá lo recuerdo así.

Algo tendría que decirte, me dijo de pronto y luego se calló de nuevo.

Aquella frase se me ha quedado gastada de tanto recordarla, aunque tal vez se quedó en mi memoria, mutilada, rota, quizá no la dijera nunca, o fue otra frase. O tal vez no llegó a decir nada.

Todavía era muy de mañana cuando llegamos a nuestro sitio. Había una pareja con el cuerpo mojado, se les notaba alegres y enamorados. Me fijé en las gotas de sus cuerpos que el sol hacía brillar. La visión de aquellas dos personas, ajenas a nosotros, me produjo un escalofrío, como cuando uno se acerca a algo que desconoce y a la vez le atrae.

Él los observó mucho tiempo, sin decir nada. Su cara se apagó, como si contemplara una escena triste. Pero de pronto, sonrió cuando empezaron a recoger sus cosas. Los hemos echado me dijo en susurro. Pensé que quería estar a solas conmigo. Yo no dejaba de mirarle y él de mirar más allá,



a través de alguna ventana abierta en el paisaje.

Estamos solos, me dijo con una mirada brillante, cuando se marcharon. La voz le sonó ronca. Luego la excitación de la pesca me condujo solo al fondo del agua, donde trataba de divisar algún movimiento.

Aquella mañana pescamos muchos peces, más de lo habitual y yo veía cómo nuestras cestas se iban llenando.

No descansamos como otros días, para tomar bocadillos. Esta vez debió de olvidarse hacerlos, o no quiso. No le dije que quería comer o tal vez ni lo deseara. Fue ya algo tarde, cuando el sol hacía rato que había dejado de estar en lo alto cuando empezó a recoger, diciéndome que nos íbamos a comer. Tampoco me di cuenta hasta mucho más tarde, cuando todo había pasado, de que de nuevo me impidió acercarme al maletero.

Paramos a comer en un restaurante cercano, al otro lado del río. Allí habíamos estado otras veces para que él tomara café o un whisky.

Aquel día, mientras comíamos, me miró mucho y me acarició la mano, poniéndose cada vez más serio. Apenas comió, yo sí, tenía hambre y me concentré en la trucha, que iba cortando, plateada, casi viva. La imaginé nadando por el río, y me pregunté cómo se habría dejado pescar. La fui abriendo espacio, como si dentro escondiera algún secreto. Separé, como él me había enseñado, la raspa de la carne rosa, rosa asalmonada, y de la piel crujiente. Fue la última trucha



que comí en mi vida.

Él pidió dos whiskies, uno después de otro; nunca me olvidé del ruido que hacía el hielo en el vaso. Bebía despacio, muy pensativo, sin dejar de mirarme y sin dejar de acariciarme la mano y la mejilla, con el revés de la suya, quizá imagine la gente que somos novios, se me ocurrió pensar.

Al beber, sus ojos se le iban encendiendo y yo sentía la trucha revolviéndose en mi estómago. Casi se volvió a hacer de noche allí, él haciendo ruido con los hielos, y yo con ganas de vomitar el pescado que se deslizaba a través de todo mi cuerpo.

Luego todo pasó deprisa. Regresamos por otro camino distinto al de otras veces. Cuando llegamos a una estación desconocida bajó del coche, sacó un billete, solo uno, para el autocar que me llevaría a casa. Me ayudó a subir en el autobús y me besó en las dos mejillas, apretándome contra él.

Hija, me dijo, algún día iré a buscarte. No dejes que tu madre..., no continuó la frase. Le vi alejándose, mientras le miraba por la ventanilla.

O tal vez no pude verle porque la lluvia me lo impidiera.



GOTAS DE LLUVIA
Primer premio del “VII Concurso de relatos
escritos por personas mayores”,
organizado por la Obra Social “la Caixa”
en colaboración con Radio Nacional de España.
18 de junio de 2015

rne



Obra Social “la Caixa”